



LUZ PERVERSA

Carolina Alcalá Núñez

LUZ PERVERSA



Primera edición: septiembre de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carolina Alcalá Núñez

© Diseño de portada: artemoraleda.com

© Fotografía de la autora: Luis Sierra Alcalá

ISBN: 978-84-19439-44-4

ISBN digital: 978-84-19439-45-1

Depósito legal: M-23600-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Sofía, Rocío, Txefli, Marisa y Alfonso.
A mi familia.*

Trabajo subvencionado con una de las Ayudas para Inicativas Culturales de la ONCE en su edición de 2022, gracias a la venta de Lotería Social, Segura y Responsable.

PRÓLOGO

Con *Luz oerversa*, la séptima novela de la escritora Carolina Alcalá, da un giro muy atrevido, a mi parecer, atinado, con una trama donde la autora extremeña crea unos personajes que por diferentes razones abandonan la vida urbanita para recalar en La Estrella, pueblo real de la que se ha dado en llamar «la España vaciada», situado en la comarca de La Jara toledana y lindero a Extremadura.

Áureo Buenavista, desertor de tantos oficios y de la servidumbre que impone el sistema, un extraño profesor de Matemáticas un tanto hurón al que apodan *El sin nombre* y una estudiante de arqueología llamada Iris, entre otros, llegan y se instalan en un entorno árido y accidentado. Sin sospecharlo, la existencia de una organización que se vale del aislamiento y despoblación de estos parajes para desarrollar sus oscuros fines, puede determinar que la idealización de la naturaleza que les trajo hasta este lugar pueda concluir en cruento descalabro.

Esta ficción, que bebe de la novela negra y hunde sus pies en la realidad de un mundo rural en agonía, se bifurca en varias historias que atrapan desde el inicio. Con una escritura ágil y unos diálogos muy bien trabados, Carolina Alcalá, nos introduce en una historia muy bien estructurada y resuelta. Sorprende el tesón y constancia con que esta escritora, superando sus grave problemas de visión, crea y recrea tipos y pai-

sajes tras los cuales se evidencia un gran trabajo de investigación sociológica. Su especial sensibilidad y nobleza de mujer luchadora, como en sus anteriores novelas, también quedan reflejadas en las páginas de esta *Luz perversa*.

ALFONSO YÚNCAR

La Estrella, septiembre de 2022

1

—Hola, Cris. ¿Llego a buena hora?

—Sí, yo creo que nos dará tiempo a repasar todo. Ve leyéndote el historial y el informe mientras miro unas notas que he ido haciendo en ratos libres. Con este sujeto no podemos dejar nada al azar, si no queremos que la sesión se nos vaya de las manos. Aunque siempre se retrasa, premeditadamente, claro.

La sala de consulta luminosa y un ventanal al fondo garantizaban su influencia casi todo el día, magnífico clima para la hilera de plantas que vigorosas reclaman protagonismo. Y a través de los cristales, árboles de fronda perenne y un horizonte lleno de cielo que soportaba impávido la meteorología cambiante. En el interior, mesa, armario y sillas de color neutro, un ordenador, portafolios y un pequeño reloj camuflado. En las paredes, varias litografías impactantes, y sobre la puerta de entrada un cartel transparente con letras negras y la cita que sigue: NO HAY NADA INMORAL EN QUERER SER MÁS LIBRES.

El colega de Cris, enfrascado en la lectura, dobló la última página sin despegar los labios, y algo impresionado, dijo:

—¡Acojonante! Es uno de esos casos con los que soñamos todos y por los que nos daríamos de patadas, y ya ves, llegas tú y te toca, ¡suertudo de mierda!

—¡Venga, venga! No sé de qué te quejas cuando estoy pidiendo tu colaboración a gritos. Para empezar, ¿qué opinas del entorno familiar?

—Precisamente en eso la originalidad no es lo más llamativo. Los casos conflictivos casi siempre tienen conexiones con la infancia. Así que a los tres años el padre desaparece, y cuando apenas el chiquillo ha cumplido seis años, el tipo muere en la discoteca Alcalá 20 sin dejar en la criatura ni recuerdos, ni referencia alguna.

—Así es. Su infancia se desarrolla al lado del abuelo, única nota tierna dentro del pentagrama familiar, pero que enseguida fallece. Un hermano algo mayor que le zurra sin compasión, y para colmo... la mamá, ¡menuda pieza! Yo creo que ella es la gran artífice de lo que ha llegado a ser.

—¡Evidentemente! Primero hizo de él una piedra, y después, la cinceló a conciencia. Por cierto, ¿qué tal está la señora? Me refiero..., a su físico y todo eso.

—¡Espectacular! Según su médico de cabecera, con quien he tenido alguna conversación: alta, rubia, todo muy bien colocado, ¡una tía buena de pies a cabeza, pero igual que un témpano polar.

—¡Lo suponía! De no ser así, ¿cómo explicarse...? Sí, aquí tenemos las frases lapidarias con las que premiaba al chiquillo cada vez que llegaba llorando porque le habían derrotado en el colegio, en la calle, o el cabroncete de su hermano: «*¡No quiero ni una lágrima! ¡Trágate las todas o te las quito a bofetadas!*».

—Pues no te pierdas lo que sigue: «*Si no consigues hacerte fuerte, ¡muérete! ¡Los débiles no tienen nada que hacer en este puto mundo!*».

—¡Y bien que se lo aplicó!

—Más que al pie de la letra. Sin pérdida de tiempo diseñó su futuro sin desviarse un milímetro, ¡cayera quien cayera! Tenías que verle y oírle ahí mismo sentado en la silla que estás. Echado para atrás, con las piernas cruzadas, la barbilla alta, mirada fría, taladrando cada uno de mis gestos y movimientos...

—¿Estás queriendo decirme que trataba de usurpar tu papel?

—¡Yo diría que sí! Para él, toda persona que se cruce en su vida, automáticamente pasa a ser el objeto sobre quien ejercer su brutal dominio. Y eso que desde el principio le dejé bien clarito, que en este juego no iba a ganar.

El teléfono introdujo sus notas metálicas, una, dos, tres veces.

—¿Sí? ¡Dime! Ya. Ajá. Vale. De acuerdo, ¡hasta luego!

—Era él, ¿verdad?

—¡Muy agudo! Pero no, no temas; los ases están en mi poder y él lo sabe, es muy inteligente. Hizo la carrera de informática en un tiempo récord y con las mejores notas, en su cabeza no cabe ser segundo en nada. En cuanto pudo se fue de casa y empezó a trabajar escalando puestos hasta hacerse imprescindible en la empresa y desde ahí putear a todo bicho viviente. Paralelamente se incorporó a la disciplina del culturismo y, ¿hasta dónde crees que ha llegado?

—¡Joder, no me asustes! ¿Qué aspecto tiene?

—¿Te vale con que diga que mide 1,90 y que pesa 110 kilos?

—Oye, oye, ¿no estarás de coña?

—Tú mismo podrás comprobarlo dentro de... —y consultando su reloj, afirmó— exactamente media hora, espero. Resulta extraña su delicadeza de hoy al avisar.

—¡Eso... si no me largo antes! —añadió entre risitas.

—¡No te acojones! Su fachada es pura pose, le encanta impresionar. Psicológicamente es mucho más peligroso. Se define bisexual y es muy explícito en sus argumentos.

—¡Esto sí me sorprende! Lo imaginaba un tío macho de pura raza, de esos de pata negra, vaya.

—Pues no, no parece que le sea suficiente demostrar su superioridad solo con mujeres. Su último lígüe con chicos ha sido el más prolongado. Lo conoció a través de internet, nueve meses vivieron juntos y le puteó todo lo imaginable y más. Faena tras faena, hasta dejarle hecho añicos. Pero como bien sabes, no hay nadie bajo el sol que no tenga algún punto flaco, y en este individuo se traduce en que no puede vivir solo, ¡cosas de la vida! De repente aparece una chica de aspecto débil, y se basta para ponerlo firme. ¿Por qué si no crees que ha buscado ayuda psicológica? Es la condición indispensable exigida por ella para seguir juntos.

—¿A partir de su intento de suicidio?

—Y por primera vez en serio, porque las otras amenazas, todas fingidas. Con la mayor frialdad fue describiendo los pormenores del proceso, punto por punto, y de lo que sucedió cuando ella le espetó que se largaba en cuanto sacara al perro y recogiera sus cosas. Ahí fue cuando tomó la decisión de acabar con todo. Sin inmutarse fue contándome lo resistentes que son las venas por muy afilada que esté la hoja. De su crujido al quebrarse, del primer arco de sangre que le alcanzó en pleno rostro... ¡No veas cómo disfrutaba el tipejo narrando tan macabro episodio! Seguramente con el convencimiento de que vería algún signo de temblor o de asco en mí. Pero desde luego, no lo encontró, por más que las tripas se me revolvieran hasta límites inimaginables. Después, ya sabes, la chica volvió antes de lo previsto y pidió auxilio. Tuvo suerte el muy cabrón, y ahora ella tiene remordimientos y le ha dado otra oportunidad —algo de lo que se arrepentirá el resto de su vida.

—Un clarísimo trastorno de personalidad sádico-narcisista que le conduce a una irrefutable psicopatía.

—Sí, ese es también mi diagnóstico. Veremos cómo acepta tu presencia, aunque ya le advertí.

Un tamborileo contundente retumbó en la puerta.

—Pasa —dijo con autoridad Cris.

Al menos un 45 de pie dentro de unas deportivas de marca, pisaron con fuerza el pavimento. Chándal azul marino y rojo con alguna talla de menos, para remarcar, seguramente, su fuerte mole muscular. Pelo recortado y abundante, negrísimo, mandíbula hercúlea, boca grande, labios finos, nariz ancha, cejas también anchas y tupidas, y en los ojos oscuros, un destello azul, helador, que emanaba una luz siniestra.

Apretó las manos de ambos hombres hasta hacerlas casi crujiir, sin que un solo músculo de su expresión cambiara. Tomó asiento, cruzó las piernas, la barbilla altanera adopta su pose, su ceja derecha se arqueó. Quienquiera que le conociese sabía que estaba dispuesto a tomar la palabra, pero Cris, se adelantó:

—Antes de nada, quiero presentarte a Manuel. Como ya te dije, es un colega con gran experiencia. Solemos colaborar juntos en bastantes casos. Manuel, este es Bruno.

—¡Muy bien! —replicó aplaudiendo sin entusiasmo—. Resulta hasta gracioso convertirme en el punto de observación de dos profesionales del *coco*. ¿Eso quiere decir que mi privacidad cada vez lo es un poco menos?

—¡En absoluto! Ya deberías saber que, en esta profesión nuestra, ¡la confidencialidad está fuera de toda sospecha!

—No, si eso me tiene sin cuidado. Ya sabes que carezco de prejuicios y me importa una mierda si cuando salga por esa puerta me ponéis a parir. De todos modos, tengo que comunicarte una buena noticia. ¡Ya estoy curado!

—¡Vaya! ¿Y cómo lo has descubierto? —respondió Cris disimulando su sorpresa.

—Intuía que erais duros de mollera, pero no tanto. Nadie como uno mismo para discernir cuándo está mal, o bien. Así que necesitare un rato de atención para expresar mi convencimiento de que no necesito de más patrañas inútiles —hizo una pausa, nadie como él para administrar los tempos. Miró de arriba abajo a sus interlocutores con superioridad, y de nuevo, habló:

—Tengo muy presente la charla que me diste sobre mi incapacidad para las emociones. De hecho, he soportado ese sonsonete, un día sí, y al otro también. Pero para que veas mi buena predisposición, no me duelen prendas en decirte que llegué a sentir curiosidad por experimentar los efectos de esa buena señora, llamada emoción, y ha sido todo un hallazgo. Seguramente que en lo tocante a esa materia, dentro de mí, todo eran sombras. Sin embargo, ni para comunicarme con otros, ni para el sexo, del que disfruto plenamente, necesito exquisiteces emocionales. No sé lo que es llorar desde que tenía cuatro años, y maldita la falta que me hace. ¡A la mierda los sentimentalismos! No obstante, he descubierto una fórmula que dudo si ponerla al alcance de vuestros oídos, porque... ¡seamos sinceros! ¿Acaso los mal llamados pacientes, no componemos una fuente de experiencias útiles que aminoran vuestra incompetencia? En realidad, nosotros seríamos quienes deberíamos cobrar por permitirnos aprender a costa nuestra.

Se hizo un silencio. Cris y Manuel, haciendo gala de una calma solo aparente, no apartaban los ojos de Bruno que, a su vez, con mirada burlona, parecía invadir todas sus intimidades. Y tomó la palabra de nuevo:

—A través de Virginia experimento esas sensaciones que me faltaban. ¡Tendríaís que ver sus ojos cada vez que la levanto por el cuello! Su terror ilumina las lagunas oscuras de mi mente. Cuando llora y riega mi pecho con sus lágrimas, las hago mías. Ahora es cuando me doy cuenta de lo importante que es tener cerca una persona tierna. También sigo recordando a Ferrán. Él, igualmente me amaba, y cuando le llevaba hasta el límite de lo soportable, sus arranques de ira, de celos y de tantas otras cosas, me proporcionaban estos mismos placeres que he descubierto de la mano de usted, señor psicólogo. Así que, con todo el agradecimiento del que mi natural es capaz, le pido que me entregue el alta definitiva, firmada y sellada.

—Pues eso que pides, no va a ser posible. Sabes muy bien que el mal que padeces requiere un largo tratamiento con un seguimiento psicológico y psiquiátrico alternativo.

—O sea, ¿que las sucesivas veces que he venido, no han servido de nada?

—Yo no diría tanto. Has iniciado el camino, pero si te escucharas... Si analizaras tus propias palabras... verías con claridad que te falta un largo recorrido.

—Muy bien, señor psicólogo; eso refuerza mi teoría al respecto. Sin ninguna duda vivís del cuento y a costa de la gente cándida que cree en vuestras patrañas. Por tanto, no estoy dispuesto a fomentar vuestra incompetencia ni hacer el caldo gordo a los sinsentidos con los que otros incautos caen en vuestras manos.

Inenarrable la perplejidad de Cris, que abatido se dejó caer sobre el respaldo de su butaca. Por la cabeza le bailaban todas las teorías deshilvanadas. ¿Cómo descifrar siquiera una parte de los enigmas de la mente? Y es cuando con absoluta con-

vicción, entendió la heladora luz que destellaban los ojos de Bruno provocando en su yo íntimo otra intensa reflexión:

¡Ay, la maldad, la maldad! ¡El gran misterio de la maldad! En tanto, el sujeto salía triunfante sabiéndose dueño de una maquinaria perfecta que pondría en práctica con sus siguientes víctimas.